



Mujeres muertas, Cihuateteuh

ELSA CANO

Desde la más remota antigüedad el hombre ha ido dejando sus restos materiales y es el arqueólogo el encargado de explorar e interpretar su procedencia. En la arquitectura de Meso América se cuenta con varios tipos de edificios relacionados con la muerte, en cuyo interior se han encontrado individuos enterrados sin que el edificio sea necesariamente una tumba. Pero los cuerpos fueron depositados allí como parte de un simbolismo específico. En las regiones de Chiapas y de Oaxaca tenemos varios ejemplos de lo anterior, como son Monte Albán y Palenque.

Entre los nahuas, particularmente, los aztecas, no tenemos casos de tumbas con arquitectura relevante. Sabemos que los grandes dignatarios eran cremados y sus restos colocados en urnas funerarias. Un caso particular lo constituye el hallazgo en un pequeño adoratorio en el templo mayor de nuestra ciudad, del lado de Tláloc, de un entierro de 42 infantes, acompañados por 11 jarras de piedra con el rostro de este Dios que parecen corresponder a una ofrenda en honor de la divinidad del agua por la falta de lluvia. Se creía que los niños, servidores de Tláloc vivían en los cerros, enviaban las nubes, las lluvias y las tormentas y golpeaban grandes vasijas de barro con unos bastones para producir los truenos.

Al norte del templo mayor está situada la casa de las Águilas; este conjunto debería llamarse “Casa de la muerte porque está decorado con cráneos en el rumbo de Mictlampa, es decir, lugar de lo frío y de la muerte. En el mundo prehispánico habían tres lugares adonde llegaban las almas cuando fallecía el individuo: el sol, el tlalocan y el mictlán.

Al sol iban los guerreros muertos en batalla y las mujeres que morían en el parto o durante su preñez. ¿Por qué? Porque se consideraba que estas mujeres habían sostenido un combate contra fuerzas antagónicas y esto les confería un status divino, parecido al de los hombres que habían fallecido en la guerra o en sacrificios para los dioses. Estas mujeres se llamaban mocihuaquetzqueb que quiere decir mujeres que se yerguen, que no se doblan ante nada, porque se elevaban para ir al encuentro del sol.

Cuando en el parto el bebé moría o nacía muerto las disposiciones cambiaban. Si la madre no aceptaba que se despedazara al bebé muerto que aún estaba en su vientre para salvarle la vida a ella, entonces ella, después de extraerle al bebé era encerrada en una especie de cárcel para que esperara en soledad la muerte; y entonces ya no iría al sol, sino al mictlán que es el inframundo.

Por otra parte, los niños escogidos para ser sacrificados a los dioses, tomaban el nombre de los papeles pintados con los que habían sido ataviados en el momento de su oblación. Así lo dice una inscripción en el templo llamado Cuauhxicalco:

“Venían y descendían los niños que habían sido muertos y sacrificados a honra de los dioses tloques y se creía que aunque morían, estaban vivos y se quedaban a vivir con los dioses en suma gloria y celestial alegría. Y se creía también que cada año en la fiesta de los tlamatzincas que hacían en honor de Mixcóatl, una culebra venía detrás de ellos para cuidarlos”, porque Mixcóatl quiere decir, culebra de nube.

En cambio, las mujeres muertas en un primer parto recibían del pueblo una especie de carácter siniestro, es decir, que se las relacionaba con el lado izquierdo de la vida. Ya fallecidas los jóvenes guerreros intentaban cortarles el dedo mayor de la mano izquierda, o en otras ocasiones, los brujos trata-

ban de cortarles el brazo izquierdo, antes de que fueran enterradas. Los días que estas mujeres, supuestamente, descendían a la tierra, la gente no salía de sus casas por temor a toparse con ellas. Este carácter siniestro, nocturno, de las mujeres muertas en un primer parto corresponde, curiosamente, a los atributos de ciertas “hechiceras”. El cronista Torquemada relata cómo el gobernante tlotelolca Moquihuix aprovechó la idea que se tenía de estas mujeres para combatir a Axayácatl (por cierto, rey de los aztecas de 1469 a 1480, cuando se impuso el calendario azteca o piedra del sol).

Y Torquemada continúa;

“Ya a estas horas se iba poniendo el sol, y en un determinado momento salieron 4 mujeres hechiceras, vestidas muy galanamente y ellas se llamaban: Cihuateteuh.

Ellas portaban unas escobas de popote, que son troncos de hierba muy delgados e iban bailando con ellas. Estas pajas todas habían pasado por la lengua de estas mujeres y sacándose sangre con ellas, a manera de penitencia, la cual habían hecho en el templo de su Dios Huitzilopochtli, pasaban por las puertas de las casas de los mexicas y quemaban sus escobas. Al día siguiente aparecían con ellas otras 4 mujeres y gritaban diciendo: mexicas, de ustedes no quedará nada, porque nuestro rey Moquihuix os ha de asolar y acabar a todos; y esto ha de ser antes que comamos, y a pura navaja y pedernal os hemos de cortar los cuerpos en menudas tajadas” (fin de la cita de Torquemada).

Para comprender mejor a las mujeres Cihuateteuh es necesario tomar en cuenta el fenómeno religioso que las caracteriza. Para los antiguos mexicanos la muerte es tan sagrada como la vida. Por lo tanto la mujer, que es la gran paridora, al morir en su misión más importante, no puede ser ni perdonada, ni olvidada. Por una parte la muerte se asocia con la noche y con la enfermedad; y por otras los nacimientos son la confluencia de fuerzas vitales del cosmos que permiten la continuación de la vida.

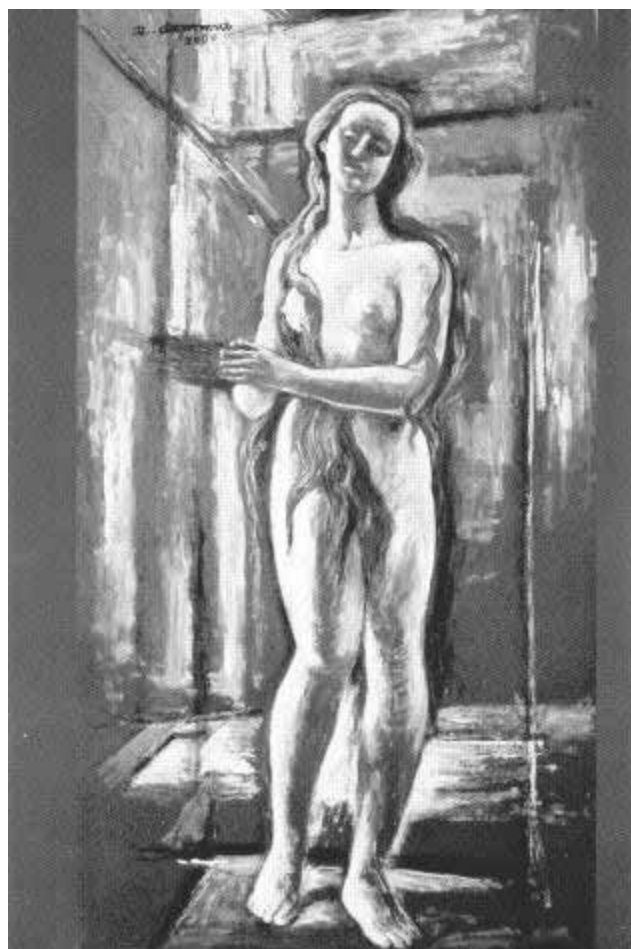
Las Cihuateteuh eran mujeres que sin culpa alguna, sólo por el hecho de no poder dar más vida, eran consideradas traidoras y por ende hechiceras y brujas. Al morir en el parto rompían el equilibrio del mundo y podían propiciar posibles catástrofes. De ahí la necesidad de una comunicación y un intercambio sagrado con las divinidades. Los mayas por ejem-

plo, construían cenotes porque creían que eran puertas al mundo subterráneo, al inframundo, que ellos nombraban Xibalbá. Por ello sacrificaban niños y mujeres; en 1909 un arqueólogo logró drenar algunos cenotes y encontró muchas piezas de joyería y sobre todo cráneos y huesos humanos. También las pirámides eran entradas simbólicas al inframundo.

Y tampoco podemos olvidar que la preocupación fundamental del culto azteca, del culto mexicana, giraba alrededor de la lluvia y de la fertilidad. Por ello si una mujer moría en el primer parto, no se olvidaba, pero se convertía en un ser negativo. La sangre femenina de un parto estaba cargada de energía, pero diferente a la de la sangre de un sacrificio, porque ésta era energía caliente, ligada al fuego y al sol; en cambio la sangre femenina era energía fría asociada a la luna.

La muerte pues en el mundo prehispánico era una forma de seguir viviendo.

(Texto basado en publicaciones de Eduardo Matos Moctezuma y de Patrick Johansson). ■



Raúl Anguiano